

19. Abandona todas tus preocupaciones en Dios (1Pe 5,7).

Las cartas-circulares 7 y 8 escritas en prisión se basan en los versos de las cartas de San Pedro, que sabemos que Clorivière trabajó durante su tiempo en prisión. También esperaba poder dar sus "Comentarios de las cartas de San Pedro" al Papa, cuando saliera de prisión, esto lo hará en 1813.

De la *Explication des Epitres de Saint Pierre* Volume 2 p. 35-39.

La perfección que debe tener la confianza.

Nos dice: " Abandona todas tus preocupaciones en Dios". Esta expresión que utiliza, "Abandona", marca bien la perfección que debe tener nuestra confianza; debemos despojarnos de todo lo que pueda ser contrario a ella, debemos deshacernos de ella por completo; no sería suficiente, debemos rechazarla con desdén lejos de nosotros, para no retomarla nunca más; debemos renunciar a ella, debemos abandonar para siempre los cuidados apresurados a los que nos lleva nuestra ansiedad, no sólo como inútiles, sino como perniciosos y criminales. El Señor nos muestra la inutilidad de ello, cuando compara estos cuidados con los que uno tomaría para añadir algo a su tamaño: "¿Quién de vosotros puede, preocupándose por ello, añadir un solo codo a la duración de vuestra vida?" (Mt. 6,27) Nos hace ver el crimen en esto, cuando nos dice que entregarse a este tipo de cuidado con preocupación es actuar como lo hacen los hombres que no conocen a Dios; el peligro, porque cuando la mente está ocupada con estos cuidados, piensa en ello constantemente y ya no está en condiciones de llenarse de Dios: "Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón" (Mt. 6,21). Es una carga que nos abrumba, nos mantiene agachados hacia la tierra y nos impide levantar los ojos al cielo. Es un mal que nos debilita, y que nos llevaría infaliblemente a la muerte. Nunca podremos librarnos de ello demasiado pronto y de manera suficientemente perfecta. No está en nuestro poder deshacernos de ciertas impresiones, problemas, miedos que se hacen sentir en nosotros a pesar de nosotros mismos; pero estas cosas no se nos imputan, ya que son involuntarias, no alteran realmente nuestra confianza, sólo la ejercen de manera dolorosa, pero que, en los planes de Dios, pueden servir para hacerla más pura y más fuerte; Todo lo que tenemos que hacer es luchar sin descanso contra estas impresiones, repelerlas pacíficamente y sin perturbaciones, cuando vuelvan a la carga; sufrirlos y despreciarlos, cuando todos nuestros esfuerzos son inútiles; humillarnos ante Dios, sin desanimarnos ni desalentarnos; oponernos a ellas con actos de confianza, aunque carentes de toda sensibilidad, y pedir continuamente a Dios que se digne perfeccionar esta virtud en nosotros.

La forma de lograr esta perfección es recordar la bondad, la sabiduría y el poder de Dios.

Uno de los medios que debemos utilizar para ello es pensar en el objetivo que debemos proponernos en la práctica de esta virtud, considerando quién es aquel en cuyo seno ponemos nuestras preocupaciones: en Él. Nada es más propicio para la gloria de Dios que una confianza que nos lleve a rechazar todas nuestras preocupaciones por culpa de Él. Por encima de todo, honra su bondad, su poder, su sabiduría. Su bondad infinitamente misericordiosa, que, a pesar de la multitud de nuestras ofensas e ingratitudes, está siempre dispuesta a perdonarnos y a acudir en nuestra ayuda siempre

que le pidamos ayuda. Su poder, para el que nada es imposible, y que puede hacernos triunfar sobre todos nuestros enemigos y superar los obstáculos y dificultades más insuperables. Su sabiduría, cuyos recursos son infinitos, y que sabe sacar su gloria y nuestro bien de lo que parece ser lo más contrario. La confianza nunca honra más a Dios, nunca nos es más necesaria que cuando todo está humanamente desesperado, y cuando no vemos en nosotros mismos, o dentro de nosotros mismos, nada en lo que podamos confiar, nada a lo que podamos recurrir. Pedir entonces con confianza la ayuda del Señor es dar un testimonio sorprendente de que reconocemos en él a un padre lleno de ternura, un Dios todopoderoso al que todo está sujeto; un maestro infinitamente sabio, al que nada puede ocultarse. Es cierto que, en lo que se refiere a las cosas naturales, no hay que exponerse, por una falsa confianza, a las últimas necesidades, que serían tentar a Dios y hacerse culpable de una presunción criminal que merecería ser castigada por un completo abandono; tampoco se puede contar absolutamente en estas ocasiones con una asistencia particular y milagrosa que Dios no nos ha prometido y que no es necesaria; sin embargo, cuando uno se encuentra allí, y no ha podido evitarlo, no se desanima ni se desespera, sino que se dirige a Dios con confianza; es un acto que le honra, siempre que lo haga con resignación a lo que quiera mandar. Esta confianza a menudo obtiene una ayuda imprevista y milagrosa. Hay mil pruebas de esto en los libros sagrados, y hay pocas personas justas que no lo hayan experimentado a veces.

Pero es principalmente en las necesidades espirituales en las que podemos y siempre debemos reclamar con confianza la misericordia de Dios. Podemos, porque el Señor ha prometido ayudarnos y no rechazar nada de lo que le pedimos en el nombre de Jesucristo: *“El Padre os concederá todo lo que le pidáis en mi nombre”* (Jn. 16, 23)

Debemos hacerlo, porque sin eso malinterpretaríamos, enfureceríamos la bondad excesiva del Señor, nos negaríamos a creer en sus promesas, actuaríamos en contra de la esperanza cristiana, inevitablemente correríamos hacia su pérdida. Este es el caso donde hay alguien que pronto sería amenazado con algún tratamiento atroz, algún tormento infame que no sentiría la fuerza para soportar; este es el caso de todos los pecadores que, después de una vida criminal, se encuentran a la hora de la muerte; es el de todos aquellos que son asaltados por alguna tentación violenta, a la cuál no sienten la fuerza para resistir sin una ayuda extraordinaria de gracia. A veces también le sucede a los más justos que el espíritu de malicia se apodera tanto de su imaginación, que cubre su entendimiento de oscuridad tan profundamente, que descubren en sí mismos solo temas de confusión y desesperación; les parece estar sin fe, sin esperanza, sin amor; que sus vidas no han sido más que una red de acciones hipócritas y orgullosas; que Dios los ve solo con indignación, y que la sentencia de su eterna reprobación ya ha sido pronunciada. En todos estos casos, solo tenemos el recurso en una gran confianza, en una confianza ilimitada, bien fundada en la grandeza de las misericordias de Dios y en el precio infinito de los méritos de Jesucristo, nuestro Señor. Es entonces cuando, de acuerdo con el consejo del sabio, debemos formarnos de Dios pensamientos dignos de su bondad: *“Tened rectos pensamientos sobre el Señor”* (Sab. 1,1), y depositar en él todos nuestros miedos y peticiones. Cuanto menos encontremos en nosotros mismos motivos que puedan entusiasmar y apoyar nuestra confianza, más honroso será para el Señor.